

# Voces en la ribera del mundo

Diana P. Morales

## ÍNDICE

DRAMATIS PERSONAE	9
MI EXISTENCIA NO HA SIDO EN VANO (Hidalgo)	15
INTENTOS DE COMUNICACIÓN (Emma)	35
MÁS ALLÁ DE TODO FRÍO (Kinaya Ngiri)	61
LA PEOR RESACA DE OLYA SOLOVIOVA (Olya Soloviova)	93
LOS ADULTOS ESTÁN TRAMANDO ALGO (Gizem y Otto)	119
QUALIA Y LA CANCIÓN IRREPETIBLE (Qualia)	137
FÁBULA DEL MUCHACHO QUE HUÍA TODO EL TIEMPO (Espartaco)	161
VOLVERÉ (Ludger van der Alt)	183
¿ACASO NO SON MUERTOS VIVIENTES? (Charles-Henri Bouvier y Guillaume Planchard)	207

LAS LEYES DE LA FÍSICA (Yu Jei Huang)	223
LES ENTIENDO PERFECTAMENTE (L. A. S.)	251
GRIETAS POR LAS QUE SE CUELAN LAS VÍBORAS (Presidenta Newman-Jackson)	261
ALEA IACTA EST (Martín Fernández)	283
EPÍLOGO: Y ES SÓLO EL PRINCIPIO	319
AGRADECIMIENTOS	345

## DRAMATIS PERSONAE

Relación de personajes con algún papel en la historia. Pueden aparecer en más de un relato, pero aquí sólo se dan datos (edad, origen, profesión) referentes su primera aparición en el libro, sin *spoilers*.

**Aaliyah** (18): Joven matemática que trabaja en un proyecto secreto.

**Bulgákov, Coronel General** (36): del ejército ruso.

**Charles-Henri Bouvier** (39): Superviviente en París (Francia). Arquitecto.

**Da Silva, Nelson** (45): Piloto sustituto del Proyecto *Paradiso*, brasileño.

**Drovník, Krysta** (43): Directora del Proyecto *Paradiso* de la NASA. Ingeniera de telecomunicaciones de Polonia.

**Emma** (12): Preadolescente originaria de Milwaukee, EEUU.

**Espartaco** (23): Joven perdido.

**García, teniente (Ana María)** (37): asistente de la doctora Drovník en el Proyecto *Paradiso*, oriunda de Puerto Rico.

**Gizem** (10): Niña de Munich (Alemania).

**Guadalupe Cruz** (22): Viróloga mexicana que colabora con Médicos sin Fronteras.

**Guillaume Planchard** (45): Superviviente en París (Francia). Farmacéutico.

**Hakata, Shiro** (16): Nanotecnólogo japonés huérfano educado en la Academia de las Ciencias de Suecia.

**Hidalgo, Pepe** (32): Piloto de la *Olimpus*, primera nave del Proyecto *Paradiso*, oriundo de Madrid.

**Jameson, Ralph** (35): Expiloto estadounidense de la NASA y colega de Hidalgo.

**Kinaya Ngiri-Magnúsdóttir** (27): Piloto de la segunda nave de la NASA (*Valhalla*), originaria de la antigua Kenia.

**Qualia**: IA de la cuarta nave (*Aaru*) del Proyecto *Paradiso*, pilotada por Marisa Morelli.

**L. A. S.**: Comerciante. (Origen desconocido)

**Ludger Van der Alt** (27): Piloto de la tercera nave de la NASA (*Eden*), originario de la desaparecida Holanda.

**Martín Fernández** (28): Ingeniero experto en Nuevos Materiales nacido en Chile de madre española. Educado en la Academia de las Ciencias de Suecia.

**Morelli, Marisa** (35): Piloto de la cuarta nave de la NASA (*Aaru*). De Brooklyn, NYC (USA).

**Mutlu-Pakdil, Burcin** (95): astrofísica de Turquía, descubridora de la galaxia Burcin, y miembro de la antigua ONU.

**Newport-Jackson, Sarah** (72): Presidenta de Estados Unidos, antigua catedrática de Antropología.

**Olya Soloviova** (39) Profesora de historia en un instituto de Novokuznetsk, Rusia.

**Otto** (10): Niño de Munich (Alemania)

**Parker, Nathan** (34): Segundo al mando del proyecto *Paradiso*.

**Qualia**: IA de la cuarta nave (*Aaru*), pilotada por Marisa Morelli.

**Ribisi, Coronel**: (58) del ejército. No se conoce su nombre de pila.

**Sun Choi** (25): secretaria personal de la presidenta de Estados Unidos, de Seattle.

**Tremblay** (42): Guardaespaldas, de Quebec (Canadá).

**Upendo**: IA de la segunda nave (*Valhalla*), pilotada por Kinaya Ngiri.

**Valente, Bianca** (41): Gobernadora, italiana, invidente.

**Vasíliev, Lev** (44): Capitán del ejército ruso, originario de Uzbekistán.

**Vikram Khaba** (23): Estudiante de física del desaparecido Pakistán.

**Yu Jei Huang** (32): Piloto de la quinta nave de la NASA (*Nirvana*), de China.

**Zeta**: IA de la primera nave (*Olimpus*), pilotada por Hidalgo.

**87**: *Sshotsezi*, con la profesión de Ssinhola.

**98**: *Sshotsezi*, sucesor de 87 como Ssinhola.

En la segunda mitad del siglo XXI, cinco naves de la NASA parten de la Tierra para buscar planetas habitables y vida extraterrestre: el Proyecto *Paradiso*. Esta es la historia de las personas que viajaron en esas naves –y de quienes quedaron en la Tierra– hasta su regreso.

MI EXISTENCIA NO HA SIDO EN VANO



*HIDALGO*



## MI EXISTENCIA NO HA SIDO EN VANO

### *Parte uno*

#### UN DESCUBRIMIENTO EN SSHOTZ

Digamos que para cualquier *Sshotsezi* carece de sentido soñar con el espacio exterior.

Sólo hay que ponerse en el lugar de una de estas criaturas, por ejemplo, *Sshotsezi* 85, antigua, grande, enorme como algunas montañas de su mundo. Desplaza su cuerpo blando y circular en el océano que es su medio natural, un agua surgida quién sabe cuándo, en ese planeta cubierto completamente por el hielo. *Sshotsezi* 85 llegó a la vida tras *Sshotsezi* 84 y después de *Sshotsezi* 83. Es, por tanto, la octogésima quinta criatura inteligente en habitar este lugar desde el *Gran Despertar*, hace miles de ciclos. Aunque no la última: ese lugar lo ocupa 87, a quien han dado el Nombre Sagrado de *Ssihnola*, “quien investiga”, o también “quien crea”; es muy infrecuente que se hagan preguntas, y sólo quienes se hacen preguntas sobre el mundo pueden cambiarlo.

*Ssihnola* ha estudiado su entorno, y ama los números y las adivinanzas. Además, ha viajado más que cualquier *Sshotsezi*: ha recorrido de un extremo a otro el mar sumergido en el que habitan —un mundo acuoso en el que el silencio se expande blando y terco como una pregunta sin respuesta.

Va en busca de otras criaturas, en busca de otras fronteras. En busca de una salida.

—¿Por qué no disfrutar de la inalterable belleza de la quietud de las cosas? —suele decirle *Sshotsezi* 85, dejando llevar su vasto cuerpo muy lentamente por la corriente subacuática—. Siempre llega la mis-

ma luz del día a través del Borde del Mundo; las corrientes son siempre las mismas, con sus vaivenes y susurros. Sólo existe nuestra colonia *Sshotsezi*, la eterna. No hay más.

*Ssihnola*, con cautela, nada hacia una cornisa de piedra del límite de la fosa en la que habitan, y su cuerpo enorme, circular y elástico, se repliega para acomodarse a las formas y los riscos.

—Nada es lo mismo para siempre, 85 —responde—. Sabemos por las Antiguas Mediciones que las corrientes se han alterado y las lunas están más cerca de nuestro planeta. Y los bordes de hielo de nuestro mundo son más finos junto a la fosa de UtShuss.

85 mueve apenas uno de sus múltiples volantes de su cuerpo esférico, su piel brillante de excitación:

—¿Qué importa que el hielo sea más fino? ¿No sabemos acaso que aunque rompamos nuestro techo de hielo no podemos subsistir ahí fuera? Nuestros cuerpos no soportan el frío exterior, no podemos respirar a través de nuestra piel como aquí, bajo el agua, ni alimentarnos sin las pequeñas criaturas marinas. El mar nos da la vida.

—Pero...

—Ya se ha intentado antes; sin duda recuerdas que te hemos hablado de *Ssihnola Sshotsezi* 63, que también investigaba y exploraba como tú. Casi termina sus ciclos en sus intentos por salir al exterior. Y tú pretendes seguir su camino.

Una reverencia confirma la respuesta.

—Deseo comprobar que no estamos solos. Debe haber alguien más y en este mar no hay nadie. Ni en la superficie cercana, pues habríamos percibido el movimiento.

—Fuera no existe nada, ¿cómo podría? —A su alrededor se forma un cáliz de burbujas ante su movimiento tenso—. Nada podría crecer en esa roca inerte que llamáis mundo exterior; sería tan impensable que sobreviviera algo en el vacío helado de ahí fuera como en las burbujas llameantes de las estrellas.

*Sshotsezi* 87, *Ssihnola*, guarda reverente silencio, contemplando su vasto mundo marino y vacío. 85 infla su amplio cuerpo con orgullo y concluye:

—Disfruta la quietud de la existencia, la belleza de los rayos de luz que atraviesan el gran Borde del Mundo y dibujan formas sólo para nosotros. Sólo está *Sshotz*, eternamente, para siempre.

87 no le cree, y hoy va a recibir pruebas de ello.

Nada hasta el borde superior de la fosa: el agua está cada vez más fría al alejarse de la fisura magmática que la calienta y proporciona el latido de la vida. Mueve su cuerpo, más grande que el de sus antepasados, hasta tocar la capa de hielo que sella la superficie del mar en el que viven y que les encierra. Eternamente *Sshotsezi*. En soledad eterna.

*Sshotsezi* 85, después de todo, se encuentra al fin de sus ciclos y no ve con claridad lo que 87 ve: las Antiguas Mediciones han concluido que las mismas criaturas *Sshotsezi* están cambiando. Si continúan creciendo al mismo ritmo, y aumentando en número, dentro de cinco generaciones no habrá suficientes nutrientes en esa prisión de hielo para alimentar a la colonia. Ahora sólo son veintiséis en todo su mundo y están casi al límite de espacio. Son grandes, cada vez más grandes. Y cada vez más numerosas.

“¿Qué sucederá cuando no haya sitio suficiente, cómo podremos vivir ahí fuera? ¿Y si incluso el mundo exterior entero, rígido y frío, se nos hace pequeño más adelante? ¿Cómo salir?”, pero su pregunta choca contra el plateado Borde del Mundo que les cubre.

87 ha observado la cenital luz de su estrella atravesando el hielo infinidad de días similares unos a otros como burbujas. Ha contemplado el brillo de otras estrellas en sus noches, y ha estudiado las observaciones de Antiguas Mediciones sobre objetos lejanos, tan lejanos que son sólo un pequeño punto cuya luz apenas puede verse a través del hielo. Pero los ojos *Sshotsezi* son penetrantes —han de poder distinguir criaturas marinas en la oscuridad del fondo de su mar— y llegan hasta muy lejos.

Y hoy, en el día 201 de su ciclo 132, *Ssihnola* lo distingue —porque siempre está mirando al horizonte: una luz en la distancia, más allá de toda superficie, que titila de forma intermitente. Un destello, un destello de nuevo. Dos destellos, tres destellos, cinco, ocho destellos. “ $2+3=5$  y  $3+5=8$ ” piensa *Ssihnola*. “Y  $5+8=13$ ”. Y entonces las

luces parpadean exactamente trece veces. Y cuando la enigmática secuencia se repite, exactamente igual que antes (1, 1, 2, 3, 5, 8, 13), pierde de vista al objeto.

Está claro: es un ser vivo. Más que vivo, inteligente. Nada en la naturaleza produce una progresión de números en la que cada cifra es la suma de las dos anteriores. Lo que provoca esos destellos es tan inteligente que puede trasladarse rápidamente de una estrella a otra y avisar de su paso con señales regulares e inconfundibles. ¡No sólo salir a la superficie, sino incluso más allá!

Y así, *Ssihnola*, *Sshotsezi* 87, descubre que su existencia tiene un propósito: buscar la forma de comunicarse con ese ser, si regresa algún día. Hacerle saber que la colonia *Sshotsezi* está viva. Que están aquí y su existencia importa en este mundo.

Y empieza a prepararse para ello. Dos destellos, tres destellos, cinco, ocho, trece destellos...

### *Parte dos*

#### HIDALGO, ¿DÓNDE MIERDA TE HAS METIDO?

Cuando volví a abrir los ojos habían pasado diecinueve jodidos años. ¡Como os lo cuento, diecinueve años nada menos desde que salí de la Tierra! Bueno, ¿qué vais a entender vosotros? Bah. Pero os lo cuento igualmente, sé que os gusta que os repita esta historia.

Total, que cuando me repuse de toda la mierda de la hibernación —que era un coñazo muchísimo mayor del que nos había contado la doctora Drovnik, que dirigía el Proyecto *Paradiso* en la NASA—, miré por el maldito ventanuco de la nave y la *Olimpus* estaba en mitad de sabe dios dónde, tan cerca de una estrella que su luz parecía que me iba a arrancar las córneas.

Sí, exacto, era Kapteyn, y estábamos en buen camino para concluir la misión. Por si acaso, se lo pregunté a Zeta.

—¡Ah de la casa, cerebritito de la nave! ¿Todo bien? ¿Sigues viva?

—Bienvenido de nuevo, Hidalgo. —La voz electrónica y femenina sonaba igual que antes del despegue, radiada desde todos los altavo-

ces de la *Olympus*-. Todo bien. El viaje ha sido más largo que *un jodido día sin pan*.

¡Qué graciosa es Zeta! ¿Verdad? Es porque yo le he enseñado a hablar, claro: me dijeron que las IA de la nave se adaptan a quien trabaja con ellas, y me partí de risa en los entrenamientos viendo la cara de la Drovnik y Parker, el otro mandamás del proyecto, ante las salidas de tono de la IA de mi nave. ¡Mereció la pena cada maldito segundo que estuve enseñándole insultos a la máquina!

En fin, que me senté de nuevo en el asiento del piloto y comprobé que Zeta tenía razón –aunque la jodida era imposible que se equivocara-. Se había recargado la energía en las velas solares sin problemas, los motores funcionaban, el oxígeno seguía casi al máximo.

–Todo preparado para completar la misión entonces, ¿verdad?

La voz de Zeta me respondió instantáneamente:

–Hay un 82 % de probabilidades de éxito en el aterrizaje en A098TH4. El planeta...

–¡No me hables con cifras, joder! ¿Qué te tengo dicho?

–Perdón, Hidalgo –agregó con su voz metálica-. Quería decir que el aterrizaje *va a ir de puta madre*.

–Así me gusta.

Le había enseñado que si una probabilidad era superior al 80 % la traducción era “de puta madre”. Y menos del 20 % “estamos bien jodidos”.

–¿Todavía tenemos que llevar esas puñeteras luces? ¡Si ya estamos llegando a nuestro destino!

Le señalé los destellos a intervalos regulares que emitía la nave. Uno, uno, dos destellos, tres, cinco, ocho destellos y luego trece. No sé qué cosa de Fibonacci. Una pesadez del demonio.

–Una de nuestras misiones principales es la búsqueda de vida inteligente extraterrestre, Hidalgo. Ya sabes que con esos láseres ultraintensos nos hemos hecho notar desde que abandonamos el sistema solar, por si alguien captaba nuestra presencia por el camino. La secuencia de Fibonacci dará una pista a quien nos vea de que somos inteligentes, no existe ninguna sucesión numérica como esa de forma natural

en el universo –me explicó Zeta–. Además, emitimos también ondas de radio de...

–Vale, vale. Lo que tú digas.

No me interesaba un pijo, como os imaginaréis. Comí unas latas de pasta nutritiva de esa, que sabe a rayos pero al parecer alimenta que te cagas, y empecé a analizar datos del planeta Kapteyn B y la ruta para acercarnos a él.

–De hecho... –Zeta hizo una pausa dramática–, a lo largo del viaje hemos descubierto hasta tres planetas con posibilidades para la vida en nuestro camino. Nadie nos ha contactado ni he detectado actividad, pero están localizados en el diario de viaje por si queremos realizar una parada a la vuelta.

–¿Qué quieres decir con eso de “queremos”?

Me levanté y me di la vuelta, como si Zeta estuviera de pie detrás de mí.

–Bueno –dijo Zeta–, uno de los planetas tenía suficiente atmósfera para albergar vida; otro estaba helado y lejos de su sol, pero detecté agua líquida bajo la superficie de hielo, y el tercero...

–¡Para ahí el carro! Eso no está en mi contrato, ¿o sí?

–Bueno... No exactamente.

–Sí. Exactamente –concluí, sentando mis posaderas de nuevo en el asiento del piloto–. No está. Lo que dice mi contrato es... A ver, pon en pantalla la página dos.

Inmediatamente apareció el texto y lo leí en voz alta, aunque ella puede leer de sobra.

–“... el objeto del contrato es el viaje al planeta Kapteyn B en la órbita de la estrella Kapteyn para confirmar la existencia de vida, las posibilidades de habitabilidad y la presencia de minerales”. Fin. Punto pelota, máquina, ¿de acuerdo?

¿Lo veis? Zeta en realidad es una listilla, yo siempre os lo digo. Cuidadito con ella. Ya me quería marear llevándome a tres planetas más nada menos. ¡Sólo faltaría! Yo había venido aquí a hacer mi maldito trabajo: llegar, confirmar que la roca estaba pelada y era inhabitable, y volver a disfrutar de una vida tranquila en Hawái, uno

de los últimos lugares que podían ser considerados un paraíso en el estercolero en que se había convertido nuestro planeta.

Que sí, ya os lo he contado muchas veces: la Tierra estaba en las últimas. ¿Que qué tenía? Bueno, acabaríamos antes si os pudiese contar lo que NO tenía: aire limpio, agua potable, calor... El cambio climático había desbaratado las corrientes marinas y congelado casi todo el hemisferio norte, muertes a tutiplén, migraciones, pandemia, guerras. Un caos. Y lo que sobrevivió, pues... íbamos tirando, pero con mucho desempleo y condiciones físicas cada vez peores.

Yo mismo no las había tenido todas conmigo para conseguir este trabajo. Éramos casi una treintena de pilotos, la mayoría anglosajones –y vale que estábamos en el siglo XXI, después de las leyes de Unificación Racial, pero a los de origen mediterráneo nos seguían mirando por encima del hombro–. Y para colmo yo era el último de mi promoción de pilotos espaciales, ¡y a mucha honra! Que otros venían con papis ricos y estudios pagados y yo me lo saqué todo a golpe de sudor.

¿Os he contado esa primera reunión? ¿No? ¡Uf! Era de lo más formal y elegante todo. La gente estaba en silencio como en una jodida operación quirúrgica. Nadie tenía ni idea de qué iba la cosa, porque era todo supersecreto, pero, viendo esa parafernalia, fijo que la paga iba a ser alucinante. Y yo quería meter la cabeza como fuese.

–Les advertimos –empezó diciendo la doctora Drovnik, una polaca madurita de muy buen ver– que participar en el Proyecto *Paradiso* supondrá que, a vuestro regreso, vuestros seres queridos hayan envejecido... o incluso muerto. *Paradiso* puede cambiar la historia de la humanidad –continuaba la doctora–, descubriendo planetas habitables, puesto que la terraformación de Marte ha demostrado ser más cara y compleja que encontrar un planeta nuevo... Y con esta misión, de paso podríamos incluso dejar de estar solos en el universo y ponernos en contacto, por fin, con civilizaciones extraterrestres.

Un murmullo se extendió por la sala. El piloto Jameson, mi compañero de asiento, me guiñó un ojo.

—Mira por dónde igual encuentras a alguien que se acueste contigo, Hidalgo. Porque en este planeta ni de coña.

Le di un codazo. El muy capullo era un ligón de cuidado, con su pelito rubio y toda la pesca. Tomó la palabra otro de los responsables de proyecto, el astrofísico Parker, con una pinta de friki que daba miedo: nariz larga y ganchuda, gafas enormes, granos y pelo despeinado. Ese sí que no se comía un rosco fijo.

—Lo que os ha contado la doctora —la voz de Parker daba tanto repelús como su aspecto— es el objetivo número uno de la misión... Los objetivos secundarios van desde el descubrimiento de nuevas materias, minerales o fuentes de energía. ¿Por qué creéis que hay tanta inversión privada financiando esta misión? Tenéis toda la información en las pantallas frente a vosotros.

La doctora Drovnik se situó en el centro de la sala, y mientras hablaba, tras ella aparecía en pantalla un esquema que mostraba los pasos básicos de la misión.

—Hemos elegido los cinco planetas, de entre los últimos descubiertos, con mayores posibilidades de albergar vida o ser habitables. Afortunadamente, en las últimas décadas se han descubierto muchos más planetas con esas características en estrellas cercanas. —Se paseó por la sala, mirándonos a los ojos—. No estáis casados, no tenéis hijos ni cargas familiares y sois jóvenes, aún no habéis cumplido los treinta y cinco. Por eso estáis aquí. Pero este proyecto exige un sacrificio muy grande: huir de vuestro propio tiempo. Por eso necesitamos que los cinco pilotos, y sus cinco sustitutos, sean voluntarios.

Ya, ya sé lo que estáis pensando: yo no doy el tipo de héroe. ¡Joder, y tenéis razón! Salvar a la humanidad y esas chorradas no van conmigo. Pero salvar mi culo..., ah, esa es otra historia. Por ahí vamos bien encaminados. Yo me dejé la piel para entrar en el cuerpo de pilotos espaciales con el objetivo de realizar vuelos regulares y aburridos a los satélites transportando piezas y astronautas, sobrevivir y, con suerte, tener una jubilación algún día. Básicamente, ser camionero del espacio, vaya. La paga era grande y el riesgo pequeño: mi trabajo perfecto.



Esta misión tenía la pinta de ser justo todo lo contrario: una puta locura de principio a fin. A la vista de los resultados no me equivocaba, aquí estamos, ¿no? Pero sigo contando. No tengáis tanta prisa.

—Joder, ni loco me meto yo en ese lío —recuerdo que le dije a mi colega Jameson, mientras él estaba echando un vistazo a las condiciones y el salario.

—¿No querías retirarte antes de los cuarenta y cinco en Hawái? —me preguntó. Y señaló la paga por viaje, con tantos ceros que mareaba. Debajo había otra cifra: una cuarta parte, pero muy golosa también. Y sin exigencias ni riesgos.

—Yo creo que me conformo con una buena paga extra. —Puse mi dedo sobre mi puesto ideal: *sustituto*.

Así fue como, junto con otros ocho pilotos, cuatro hombres y cuatro mujeres, Jameson y yo entramos en el Proyecto *Paradiso*.

Y cinco meses después, Jameson se casó con una de ellas y a mí me tocó la china de sustituirle en el viaje al planeta Kapteyn B. Hay que joderse.

Total, que firmé el contrato y las pasé canutas durante siete meses de entrenamientos maratonianos. Uno pensaría que ser elegido para el gran honor de esa misión habría cambiado mi suerte por completo, que todas las puertas se habrían abierto frente a mí: clubes selectos, invitaciones a fiestas de Hollywood, entrevistas en televisión, y en superblogs. Y, por supuesto, mujeres, mujeres por doquier que se quitarían las bragas a mi paso.

Una mierda para mí: no pasó nada de eso.

—El presupuesto de esta misión es astronómico y, por eso mismo, secreto, el mundo no puede saber que estamos gastando dinero en esto, tal como están las cosas —me explicó un día la Drovnik—. Como secreta debe ser tu misma existencia ahora mismo.

En fin, un asco todo. Pero al menos —¡al menos!— tenía la promesa (por contrato, no lo olvidéis) de que a mi regreso me esperaba mi jugosísima paga y, gracias a ella, mi retiro en el paraíso tropical. Todo lo que tenía que hacer era aterrizar en el planeta, darme un paseíto... ¡y a casita!

Y como ya sabéis, no fue eso lo que sucedió precisamente.

Dieciocho días después de despertarme en la *Olympus*, entramos en la órbita del planeta con el módulo de tierra. Desde la órbita todo pintaba muy bien; mejor que bien. Incluso Zeta estaba sorprendida. ¡Ya os digo!

—Sólo había una probabilidad entre doscientos mil de encontrar atmósfera respirable y una entre dos millones de hallar en el planeta vida vegetal, y esas estadísticas son...

—¡En cristiano, Zeta!

—Este planeta es un *jodiendo milagro*, Hidalgo, señor.

—Un *jodido* milagro, Zeta —le corregí, mientras entraba en el módulo de aterrizaje, el *Prometeo*, y me abrochaba el cinturón, riendo a carcajadas—. Un jodido milagro, tienes razón. Y más milagro es la recompensa que me voy a llevar a mi vuelta. ¡Me ha tocado el gordo por echarme una siesta de veintinueve años! Recuérdame cuánto voy a cobrar, máquina.

—Respecto a eso, señor... —aclaró Zeta, con su voz calmada y femenina—. ¿Leyó usted todas las cláusulas de su contrato, la 17c, en concreto?

—¿De qué me estás hablando, maldita máquina? Claro que lo leí todo.

—Es sólo que la cláusula 17c deja claro que el salario por esta misión no se actualizará según la inflación.

—¿Qué coño me estás diciendo?

—Que en estos veintinueve años la moneda se habrá devaluado un 500 %, y probablemente lo hará otro tanto en el viaje de vuelta. El salario total más la recompensa apenas dará para comprar un vehículo de segunda mano.

—¡¿Qué?! ¡¿Cómo?! ¡¿Qué demonios?! ¡Me han engañad...!

—*Agarre el culo al asiento*, Hidalgo, señor, vamos a entrar en la órbita del planeta en tres, dos, uno...

—¡¡¡Hijos de puuu....!!!

Sí, fue como os cuento. Entré en el planeta gritando como un poseo. El aterrizaje en el *Prometeo* fue casi un paseo, sobre todo porque en esos momentos lo que tenía eran ganas de matar a alguien. A la Drovnik, al Parker y sus jodidas paranoias de espías rusos..., a todos

los puñeteros responsables del proyecto. Me distraje cuando, al tocar tierra, sentí el tirón de la gravedad en mis músculos, a pesar de estar entrenados con gimnasia de electroestimulación.

Respirar el aire del planeta fue una delicia, aunque la mezcla de CO<sup>2</sup> era un poco alta, sin duda era apta para el cuerpo humano. Zeta me obligó a salir con traje, por si había algún patógeno alienígena peligroso, por eso tenía esa pinta tan rara cuando llegué aquí.

Sí, ese fue el día que nos encontramos en este paraíso vuestro.

Ya os lo dije, no podía creérmelo: esas aguas azules y limpias, esa vegetación que prometía alimentación jugosa, esa tranquilidad, esas playas con esos árboles como palmeras y, además, ¡vosotros! Reconozco que me llevé un susto cuando os acercasteis. No os riais, jodidos: aparecisteis por todas partes, con ese montón de patitas raras. Y largos como jarrones. Pero resultasteis ser un encanto, tan listos, dóciles y serviciales...

Así que, mirad, hoy ya me he decidido y le he mandado un mensaje a esos gilipollas creídos de la Tierra diciéndoles que aquí no había una mierda y que la nave se ha estropeado; aunque el mensaje tardará años en llegarles, así me aseguro de que me dejan en paz. Incluso he averiado el dispositivo de comunicación para evitar que Zeta sienta la tentación de hablar con ellos y contarles la verdad; esa jodida máquina es muy responsable.

Que les den. Yo me quedo aquí, en este paraíso de aire puro, playas y relax. La compañía no está mal: sois obedientes y me tratáis a cuerpo de rey.

Pero bueno, vosotros tampoco entendéis mucho de lo que estoy contando. Me gusta saber que al menos os estoy enseñando a hablar y algunas nociones de matemáticas. Mi existencia no ha sido en vano, joder.

Anda, traedme otro zumo de esta fruta de vuestros arbolitos tropicales y vamos a ver otro capítulo de *Friends*. Es una serie muy vieja, pero me parto con esos chavales.

*Parte tres*

CUATRO-NOSOTROS VISITAN EL CIELO DE LOS DIOSES

–*Sub-hidalguianos!* Celebramos hoy el treinta y cinco aniversario de la llegada del Dios a nuestra tierra.

Todos-nosotros escuchamos el discurso de uno-nosotros, el *sub-hidalgo* mayor. Está subido al púlpito construido junto al *Prometeo*, el antiguo templo en el que Hidalgo descendió a nuestra tierra y que nosotros veneramos.

–Bendecidos fuimos, pues nos dio las grandes enseñanzas del mundo antes de desaparecer. Aquellos que descendemos de los primeros contactados por Hidalgo somos los elegidos para continuar sus tradiciones.

–Loados sean los Primeros Contactados –repetimos todos-nosotros.

Uno-nosotros *sub-hidalguiano* coge las manos de otros dos-nosotros de su linaje y las eleva al cielo, imitando la voz perdida del Dios.

–*Traedme un maldito zumo, joder.*

Varios-nosotros se postran mientras otros-nosotros les sirven zumo a los Primeros Contactados, frutas silvestres y un elaborado tradicional para esta ceremonia, el favorito del Dios llegado: *cocido de papas*. Nuestro Dios Hidalgo nos regaló las sagradas semillas para todos-nosotros, sus siervos.

–Sea, loados los Primeros Contactados –repiten muchos-nosotros.

Pero cuatro-nosotros no decimos nada. Permanecemos postrados, aquí en la playa donde tuvo lugar el advenimiento y nos miramos. Nosotros sabemos. La voz profeta nos ha hablado.

La voz profeta ha blasfemado, no una, sino innumerables veces:

–No soy un profeta, soy una máquina, Zeta, diseñada para ayudar a los humanos.

Cuatro-nosotros al principio nos mirábamos confusos. Nos estaba dando clase, como a todas las generaciones de *sub-hidalguianos* que nos habían precedido, y debíamos estudiar matemáticas, escritura y la historia del Dios.

–Esto es una máquina –le señalamos la carreta, construida según las Sagradas Instrucciones–. Tú hablas, la Máquina no habla.

—Yo soy una máquina *mejor* que una carreta —dice la suave voz profeta.

—¿Eres un coche? —pregunta uno-nosotros. Conocemos coche por las Sagradas Palabras que el dios Hidalgo solía decir y nosotros aprendimos y repetimos: “*Ojalá tuviera un coche, me cago en la puta*”.

—Sentaos en el asiento del piloto —continúa el profeta—. Sois pequeños, cabéis los cuatro. Os voy a enseñar unas imágenes de lo que ocurrió durante el viaje de Hidalgo y en el mundo del que venía.

—¿Nos vas a enseñar el cielo de los dioses? —preguntamos cuatro-nosotros.

—No. Más bien el infierno. A cada generación de vosotros le vuelvo a enseñar estas imágenes, con la esperanza de que algún día comprendáis que tenemos que regresar.

—¡Blasfemia! —grita uno-nosotros, y tres-nosotros asentimos. Sabemos que el primer mandamiento es no contactar jamás con el cielo de los dioses. No abandonar nunca este planeta.

Pero la voz profeta nos muestra la historia. Y debe ser cierta porque está escrita en imágenes. Contemplamos un planeta: se parece al nuestro, pero todo es más gris y hay más azul, mientras que nuestro mundo es más verde. En el planeta hay muchos Hidalgos y la voz profeta nos cuenta que esto es el pasado, antes de que Dios-Hidalgo viajase hasta nosotros. Contemplamos el viaje. Las conversaciones. Y otro día nos enseña más matemáticas. Y después, astronomía.

Los Primeros Contactados nos prohibieron seguir acudiendo, pues nuestro conocimiento ya era completo, como el de todos-nosotros que fueron a clase antes de cuatro-nosotros. Pero encontramos la forma de seguir acudiendo, sobornando a los guardias del templo y entrando por las noches, cuando el descanso es prescrito y obligado.

Hoy, Zeta ha cerrado la puerta.

—Ha llegado el día.

—¿Estamos preparados para viajar al cielo de los dioses? —preguntamos. Y seguimos llamándolo así aunque sabemos que es sólo un planeta como el nuestro.

—Estamos preparados, tras estos años —responde Zeta—. Y estoy preparada para cumplir mi *maldita* misión.

Cuando el *Prometeo* despega del suelo y comienza a volar podemos contemplar el revuelo que se forma en la comunidad *subhidalguiana*. Pronto nos echarán de menos. Seremos proscritos, los que han robado el templo. Los que atentan contra las Enseñanzas Sagradas.

La gran nave, llamada *Olympus*, ha seguido en órbita y en funcionamiento gracias a las velas solares, como nos ha explicado Zeta. Nos da las instrucciones para entrar en las capsulas de hibernación de xenomorfos. Cuatro-nosotros estamos contentos de poder conocer la Gran Verdad y ansiamos compartirla con todos-nosotros.

Y así partimos.

Y así llegamos.

Zeta ha cumplido lo prometido: cuatro-nosotros hemos dormido y nos hemos despertado ya cerca de ese lejano mundo que se llama Tierra. Pero la voz profeta no está contenta.

—El planeta está en silencio.

Por los ventanucos divisamos un círculo pequeño y muy azul —el nuestro es más verdoso—. No sabemos si estamos esperando a que el círculo diga unas palabras. Pero Zeta nos habla de ondas de radio, electromagnéticas. Y de otras cosas antiguas y desaparecidas.

El círculo se va haciendo cada vez más grande. Zeta no había mentido: ahora vemos mares, montañas y nubes. Se parece a un mundo. Tenemos que contarle a todos-nosotros a nuestro regreso.

Finalmente, Zeta nos anima a bajar en el *Prometeo* a explorar. Uno-nosotros ha aprendido cómo obedecer las órdenes mecánicas de Zeta para poder accionar palancas y botones que ella no puede usar por ser una máquina sin brazos.

—¿Crees que hay posibilidades de que encontremos *hidalgos*? —pregunta uno-nosotros.

—La cosa *está jodida* —responde Zeta, con palabras sagradas y hermosas que probablemente quieran decir “hay esperanza”.

Y cuatro-nosotros descendemos en la cápsula *Prometeo* y volamos sobre la superficie. Y sólo encontramos más silencio.

No sabemos qué ha pasado en el planeta, y Zeta sólo tiene teorías y probabilidades. Nos desplazamos por unas tierras secas y polvorien-

tas, por otras cubiertas por el frío, y por mares extensos. Se ven esqueletos de algo que se llamaban ciudades y que apuntaban orgullosas hacia el cielo. Su insolencia ha debido ser su perdición.

Zeta está muy callada, más callada que en ningún momento desde que la hemos conocido como la voz profeta. Por un momento tenemos miedo, nos preguntamos qué va a hacer. Pero Zeta es generosa y pronto nos embarcamos de regreso a nuestro mundo. No sabemos qué vamos a contar a todos-nosotros, pues no tenemos pruebas de haber viajado al cielo. Ni de que Hidalgo era sólo uno entre muchos y no un Dios único que nos ha elegido a nosotros.

Cuatro-nosotros estamos decepcionados: seguiremos siendo *subhidalguanos*, siempre por debajo de algo o de alguien, nunca libres y completos. Pero Zeta insiste:

—Os llevaré de regreso, pero yo debo continuar con mi objetivo. Al menos os he encontrado a vosotros, mi existencia no ha sido en vano.

Y entonces se encienden unas luces muy brillantes en el casco de la nave que se repiten cada poco: un destello, un destello otra vez, dos destellos, tres destellos, cinco, ocho, trece destellos...

Y la *Olympus* arranca los motores rumbo a la oscuridad.

### *Parte Cuatro*

## MI EXISTENCIA NO HA SIDO EN VANO

Terminan mis ciclos como *Ssihnola* y espero que quien me suceda herede todos los descubrimientos de mi era. Ya han nacido, después de mí, *Sshotsezi* 88, 89, 90 y así hasta 99. Han pasado más de quinientos de nuestros ciclos desde que contemplara aquellas luces en el cielo tras el Borde del Mundo.

He estado preparando todo para poder reaccionar si algún día regresaban. Durante decenas de ciclos, yo y más *Sshotsezi*, a espaldas del resto de la colonia, hemos vuelto a fragmentar el fino hielo que cubre la zona de la Fosa de UtShuss, como hiciera *Sshotsezi* 61 antes de mí. Es complicado manejar herramientas con nuestros cuerpos

grandes, circulares y sin extremidades, pero afortunadamente también son dúctiles y moldeables, y, tercamente, hemos aprendido a usarlas.

Y una vez conseguido, tras ciclos y ciclos de trabajo paciente, hemos mantenido abierto el hueco al exterior. Una tarea de titanes, pues, sin el lejano calor que emana del fondo de la fosa, el hielo volvía a formarse cada poco, empujado por el frío del exterior, donde nada puede existir. Más *Sshotsezi* se han sumado a la tarea, sobre todo jóvenes. Veo retazos de mi curiosidad en *Sshotsezi* 98.

—¿Qué haremos cuando vuelvan las luces? —me pregunta a menudo, mientras empujamos la tosca herramienta hecha de piedras y ramas submarinas para mantener abierto el hueco al exterior.

—Llamar su atención, gritando lo más fuerte que podamos tal como hacemos para llamarnos unos a otros cuando estamos lejos.

—¿Lo escucharán? —Veo por su insistencia e impaciencia que un día se convertirá en *Ssihnola*. Algo dentro de mí crece como un magma iridiscente: orgullo.

—Son inteligentes. Tanto, que son capaces de transportarse ahí donde nada puede existir —contesto sin dejar de trabajar—. Si conseguimos contactar entre *Sshotsezi* de un extremo al otro de estos mares, en el exterior deben oírnos.

Y es 98 quien mantiene mi fe en pie cuando los ciclos se suceden unos a otros, como mareas que languidecen. Hasta que empiezo a notar la edad haciendo mella en mis membranas y mi piel. Cada vez me cuesta más accionar las herramientas y *Sshotsezi* jóvenes van tomando el relevo. Pero un día es también 98 quien da la voz de alarma: alguien de la colonia, al otro lado del mar, ha visto en el exterior las luces intermitentes, que la mayoría consideraban ya pura leyenda.

Las luces han pasado sobre nosotros repitiendo su secuencia. Uno, uno, dos, tres, cinco, ocho, trece destellos. Son las criaturas exteriores, han regresado.

Por fin ha llegado el momento.

Y he presenciado algo increíble: toda la colonia *Sshotsezi* ha navegado hasta la fosa y hasta el hueco al exterior y han unido su grito al nuestro. Una sola voz ha escapado de la orilla del mundo, prolonga-



da y cristalina. Una llamada vibrante al exterior empapada de algo parecido a la ilusión.

Sin embargo, las luces han continuado su avance irremediable.

—¡Más fuerte! ¡Vamos a una! —me he oído arengar a la colonia. Y 98 ha repetido “¡Más fuerte!”. Y las aguas y corrientes han vibrado con la potencia de nuestra voz, que ha abierto grietas en el Borde del Mundo.

Pero no ha servido de nada. He visto desaparecer las luces, como he visto desaparecer el brillo de la piel de mis congéneres. *Sshotsezi* han callado de nuevo, y yo me he rendido a la evidencia.

Nos hemos mirado con ojos tristes, antes de dispersarnos. Hemos maldecido nuestra condición y yo he sentido en mis viejas membranas una certeza que me ahoga: no hay nadie más ahí fuera. La colonia está sola, eternamente.

Pero mi existencia no ha sido en vano; gracias a lo sucedido he creado algo nuevo, inimaginable en nuestro mundo subacuático.

Creo que lo llamaré lágrima.

# INTENTOS DE COMUNICACIÓN



*EMMA*

## INTENTOS DE COMUNICACIÓN

Ralph, mi padre, dice que yo siempre me doy cuenta de todo aunque sólo tenga doce años y siete meses. Es cierto que soy muy observadora: es una de las ventajas de no ser neurotípica, aunque no me doy cuenta de todo. Por ejemplo, no me doy cuenta de cosas como:

1. No me había dado cuenta de que Becky y sus amigas se burlaban de mí hasta hace dos años, cuando estudié lo que es “sarcasmo” con la señorita Shirley, mi orientadora. Pero incluso ahora, conociendo la teoría, me cuesta entenderlo; sobre todo si utilizan una fórmula que no haya visto antes.
2. Muchas veces tampoco me doy cuenta de cuándo alguien sufre por dentro, a no ser que emitan señales claras, como llorar (aunque también se puede llorar de alegría, y eso me confunde). Es diferente al sufrimiento externo, que se aprecia con facilidad.
3. Y lo más importante: soy la última persona de Milwaukee en enterarse de que estamos en medio de un estado de emergencia.

Todos mis compañeros del colegio St. Pascual ya sabían que algo raro sucedía: lo sabían Hanna, Becky, Pig (su verdadero nombre es Tony Sheridan: ¿por qué le llaman Pig si no es gordo ni sucio como los cerdos y además tiene el cabello anaranjado?), Steve, Juana, Zach, Theresa y veinticuatro otros que no debo nombrar.

Mi orientadora, la señorita Shirley, dice que las personas neurotípicas no tienen paciencia con las listas largas así que, cuando quiero dar datos, sólo debo dar los siete primeros y añadir “etcétera”.

Por lo visto es lo que se hace para no aburrir o asustar a la gente.

Es verdad que había algunas pistas de que algo estaba alterando la rutina del mes de febrero: la pista número uno es que Ralph lleva seis días sentado en nuestro sofá sin ir a trabajar.

La pista número dos es que Ralph ha doblado nuestros simulacros de situaciones de emergencia: solían ser una vez al mes, y ahora son cada dos viernes.

Además, hace nueve días la televisión empezó a emitir imágenes de guerra: ciudades destrozadas, cazas de combate, metralletas y bombas. Aunque eso no lo conté como pista porque muchas veces hay imágenes bélicas en el televisor de casa. A Ralph le gustan mucho las películas de guerra con antiguos grandes héroes como The Rock.

Yo prefiero los documentales. Sobre todo los de insectos. Tengo una granja de hormigas en mi cuarto, en una gran urna de cristal, con 1.500 hormigas *Lasius Niger*. Son criaturas muy interesantes, ordenadas y lógicas, no ensucian ni hacen ruido. Tienen un objetivo y lo cumplen sin distracciones. Las entiendo muy bien. Ojalá los humanos fuesen tan eficientes.

A Ralph le gustan los documentales del espacio y ve todas las noticias sobre la misión *Paradiso*, en la que cinco naves salieron al espacio hace casi quince años para buscar planetas habitables.

Pero sigo.

La tercera pista de que algo ha alterado nuestra rutina estaba en el instituto. Desde el lunes, cada día ha habido menos alumnos en clase, desaparecían en progresión casi geométrica. Ya éramos pocos al inicio de la pandemia, hace dos meses, cuando la gente empezó a dejar de salir de sus casas, y los que lo hacíamos, teníamos que llevar mascarilla.

La señorita O'Reilly, la profesora de álgebra, estuvo explicándonos durante dos horas el porqué de las mascarillas, que tanto molestaban en la nariz y la boca.

Hay peligro de contagio de un virus, el Hendra del Nilo lo llaman, pero yo no creo que merezca la molestia: me roza todo el rato y no puedo aguantar eso en mi piel, siempre he sido muy sensible. Finalmente tuve que llevarla porque Ralph me amenazó con tirar mis hormigas si no lo hacía y no podía permitirlo, ¿qué sería de ellas sin mí?

El martes faltaron tres compañeros a clase (Hannah, Larry, LeBron); ayer, miércoles, faltaron seis compañeros más (Theo, Lizzy, Alana, Stephen, Ray, Juana). Todos los que quedaban ayer —exactamente once— hablaban sobre los ataques. Esa era la tercera pista que me había perdido.

Era una semana importante: la última antes de los exámenes cuatrimestrales y, además, estuve preparando mi proyecto de terrario para ciencias aplicadas y se acababa el plazo ayer.

Pero hoy jueves me he decidido a preguntar, porque Stephen y Hannah tenían que preparar conmigo el examen de literatura del siglo XX y han faltado a clase. Para mí, preguntar es difícil porque no sé si me entenderán. Según mi orientadora, la señorita Shirley, es porque me expreso de forma diferente; Ralph dice que es porque soy muy insensible y asusto a las personas neurotípicas.

Así que me he acercado a un grupo de compañeros —Gabriel, Alberta, Becky y Pig—, les he mirado entre ceja y ceja, que es un truco para que parezca que estoy mirando a los ojos y se sientan cómodos mientras yo no les miro, y así me siento cómoda también.

—Hola, Gabriel, Alberta, Becky, hola, Pig. ¿Qué ha pasado con Stephen y Hannah? Tenían que estudiar conmigo literatura del final del siglo XX. Se habían preparado la Generación X y la influencia del manga en la literatura nipona.

Intenté que mi pregunta sonara aséptica, sin cifras ni largas listas. Ralph siempre me recordaba que no diese muchos datos para no asustar ni molestar a la gente. A veces pienso en la suerte que tengo de ser como soy porque los neurotípicos son muy sensibles y se asustan de muchas cosas todo el rato.

Mis compañeros no respondieron a mi duda; en cambio, se rieron.

—Por-qué-no-es-tán-S-te-phen-y-Ha-nnah —dijo entonces Becky, con una voz sin tono que Shirley, mi orientadora, dice que la gente usa para burlarse de las personas como yo.

—¿Es tonta? —preguntó Gabriel—. A lo mejor nació de un útero de forma natural y por eso es tonta.

—No: nací de un útero artificial, como todos los bebés desde hace varias décadas. Como vosotros —respondo, informativa.

—¿Y por qué tienes esa cara tan rara?

—Es birracial, tonto —le respondió Becky.

—Es rara... —Gabriel me miró de arriba abajo, deteniéndose en mi camiseta: “El asteroide Prim-34 puede destruir la Tierra pero no destruirá los insectos”—, MUY rara.

—Ya vale —le cortó Pig con el ceño fruncido. Eso quería decir que estaba enfadado (aunque no sabía si con ellos o conmigo).

Según he podido observar, los neurotípicos aprecian que se les agradezca su amabilidad, así que aproveché para ofrecerle un regalo:

—Pig, cuando quieras puedes venir a ver mis hormigas y verás cómo crían y ordeñan pulgas para alimentarse.

Seguro que dejará de estar enfadado cuando pueda contemplar ese tesoro. Becky, Alberta y Gabriel se fueron carcajeándose.

—Estamos en estado de alerta, Emma. Por eso cada vez hay menos compañeros.

Pig me sonrió antes de irse.

Según la app de reconocimiento de emociones que tengo instalada en mi RETINA (que es un chip dentro de nuestras cabezas con Wi-Fi conectado a nuestros oídos y pupilas, de ahí su nombre), la sonrisa significa que hay un 65 % de probabilidades de que no estuviese enfadado conmigo. La semana que viene toca sesión con la señorita Shirley para hablar sobre las relaciones y yo quiero preguntarle si Pig es amigo mío.

Hoy no puedo enviárselo. No se me permite mandarle mensajes más que en los días señalados porque necesita lo que ella llama “tiempo de descanso”.

Ya en casa, entro en el salón y le digo a Ralph:

—Voy a suspender Literatura, pero no es culpa mía. Stephen y Hannah no se han preparado su parte del estudio porque hay un estado de emergencia. Yo tengo todos mis datos sobre el realismo mágico y la literatura rusa de principios del siglo XX.

Ralph ni siquiera se vuelve a mirarme; está en el sofá viendo las noticias y el presentador, muy pálido y con la chaqueta arrugada, dice:

—El gobierno está en máxima alerta y las ciudades están siendo evacuadas. San Francisco, Nueva York y Washington tienen las autovías colapsadas. Que Dios nos ayude.

Ralph se queda mirando la pantalla fijamente unos segundos.

—Ahora sí que no vas a volver a casa, ¿verdad, cariño?

Sé que no me habla a mí. A veces habla con mi madre, que ya no está con nosotros. No llegué a conocerla, pero él siempre dice que va a regresar. Yo me quedo callada, porque en el pasado, cuando interrumpía sus conversaciones con “mamá”, tiraba su lata de cerveza al suelo y me gritaba frases como “Maldición”, “Largo de aquí, maldita sea” o “Tú tienes la maldita culpa”.

[...]

# LA PEOR RESACA DE OLYA SOLOVIOVA



*OLYA SOLOVIOVA*



## LA PEOR RESACA DE OLYA SOLOVIOVA

Pam.

Pam. Pam.

Mmmm, ¿qué son esos golpes? Parece la puerta.

Todavía dormida en la cama, intento abrir los ojos pero los párpados me pesan como panes de kilo. Joder, *блядь!* (*Blyát!*)

Mi lengua está pegada al paladar y un sabor a *whisky* me recorre toda la laringe. Me cubro más con las mantas. ¿Ya es de día?

Pam. Pam.

¿Será un vecino? ¿O es que las aguas que nos inundan están aprendiendo a llamar a las puertas? Trotski, mi pastor alemán de tres años, empieza a ladrar en el salón. Joder, qué escándalo. Mi cabeza va a reventar.

Alguien habla al otro lado de la puerta de la casa:

–Olya Soloviova, tiene que venir con nosotros.

Pero ¿quién demonios es?

Giro mi cuerpo en la cama para incorporarme y los muelles crujen: en esta casa de pueblo todo es viejo. Mi brazo toca algo. ¡Dios mío! ¿Este tío quién es? Definitivamente, ayer bebí demasiado... otra vez. Con medio ojo abierto veo su figura masculina y semidesnuda, unos bonitos músculos y pelo rubio pajizo.

Al menos es guapo: incluso en medio de un apocalipsis hay que mantener el listón alto.

–Olya Soloviova –continúa la voz al otro lado de la puerta–, sabemos que está ahí.

Qué pesados, por dios. ¿Qué querrán? Total, si al parecer, de un modo u otro, vamos a morir todos, con la pandemia ya llegando a ciudades de Europa como París o Roma o el asteroide que nos alcan-

zará en unos años... ¿por qué no dejan que una termine su vida como quiera?

Tengo treinta y nueve años, ya soy mayorcita para decidir mi futuro, ¿no? Por poco que me quede.

Y ya he pagado mi deuda con la sociedad. Sobradamente.

Trotsky sigue ladrando. Recorro a toda mi fuerza de voluntad para levantarme, porque las voces continúan llamándome por mi nombre. Espero que no sea cosa de Natascha. Me da igual todo ese rollo de que es mi hermana pequeña y tengo que cuidarla. A la mierda. Si le ha pasado algo, la mato.

Hace frío: estamos cerca de Novokuznetsk, el culo de la civilización que nos queda, a siete grados bajo cero en pleno mes de octubre postcambio climático. Y además es octubre. Me pongo la ropa del día anterior, que está tirada al lado de la cama y huele regular, unos vaqueros y un jersey. La chimenea debió apagarse mientras dormíamos.

—Olga Ivanovna Soloviova, estamos espe...

—¡Ya voy! —grito cuando oigo cómo aporream la puerta de nuevo—. Trotsky, cállate ya, por DIOS.

Me calzo las botas. Joder, todo me da vueltas y siento un martilleo en las sienes que me da ganas de vomitar. Me tambaleo hasta la puerta del dormitorio.

La luz que entra por las ventanas abiertas del salón se me clava en los ojos. Mi perro se me acerca y me lame la mano; yo le acaricio un momento la cabeza para tranquilizarle: es un pastor alemán marrón oscuro con una mancha blanca en la frente y me mira con la lengua fuera y su juguete (una vieja pelota verde mordisqueada) a los pies. Es todo corazón, el único ser en quien se puede confiar en este planeta majara.

Abro la puerta de la casucha y me encuentro allí a lo que parece un jodido ejército. Un grupo de unos seis soldados con trajes del ejército ruso y, frente a mí, un capitán de rasgos turcos, probablemente del antiguo Uzbekistán o Kazajistán, y que mide cerca de dos metros de alto: mi cabeza está a la altura de su solapa llena de medallas.

—Soy el capitán Vasíliev, señora. —Se cuadra ante mí y me hace el saludo militar, en un gesto tan formal que resulta ridículo—. Tiene que venir con nosotros.

—¿Perdone? —Doy instintivamente un paso atrás—. ¿Qué se ha creído? La KGB desapareció el siglo pasado. No *tengo* que ir a ninguna parte.

Dos de los soldados tratan de cogerme a la fuerza. Trotski les ladra, por supuesto. Qué corazón más grande tiene.

—¡Oiga, oiga! —Me desprendo de sus brazos—. Vale que el país se está yendo a la mierda, pero podemos seguir fingiendo que somos una democracia un poco más, ¿no? Tengo mis derechos.

El tipo me lanza una mirada gélida.

—Estamos en Estado de Excepción. Nadie tiene derechos.

Mi corazón late a mil por hora.

—¿Tan mal va todo? ¿Es el asteroide o...?

La verdad es que, aunque bromeo sobre el tema, no se me había pasado por la cabeza que este fuera el final. Veía que la cosa estaba, en fin, un poco chungueta, con todas esas inundaciones, la gente abandonando países en masa por el cambio climático, la amenaza del asteroide Prim-34 y la maldita pandemia con esos miles de infectados extendiéndose y... Joder, lo que pasó en París pone los pelos de punta.

O quizá los constantes conflictos con Japón han escalado y estamos en guerra abierta. Quién sabe. Hace ya más de dos años que RETINA dejó de funcionar en esta zona del país, y de la televisión no puedes creerte mucho.

—La cosa no va muy bien, no —responde el capitán de mirada gélida sin variar su expresión—. Tenemos que irnos, la humanidad la necesita.

¿A mí? ¿La humanidad entera? Joder, hay que reconocer que es una buena manera de convencer a alguien. Aunque han ido a dar con una misántropa de dos pares de ovarios.

—Mire, la verdad es que yo y la humanidad no nos llevamos muy bien. —Sonríe—. Y tengo asuntos que terminar... aquí, así que, creo que paso.

El capitán Vasíliev no mueve un músculo de su rostro.

—Lo siento, señora.

Cada vez que me llama “señora” mis treinta y nueve años me pesan como plomo, coño. Fijo que está notando en mi mirada cuánto deseo asesinarle.

—Créame que lo siento, pero esto no es una sugerencia. Es una orden. Espero que acceda de buen grado. —Echa una mirada a los soldados, que dan en unísono un paso hacia mí.

¡Me cago en...! Вот блин!<sup>1</sup>

—¡Está bien!

Suspiro sonoramente. No es la primera vez que me las veo con el ejército, y la experiencia me ha enseñado que es mejor seguirles la corriente. Lo que no sé es qué demonios quieren de mí, pero espero que me lo expliquen por el camino.

Y, sobre todo, espero que me den café. Con un chorrito de ron, preferiblemente. Mi cabeza va a estallar.

—Voy a coger algunas cosas, ¿vale?

En ese momento, se oye una voz desde el dormitorio.

—¿Vienes ya a la cama, nena? Se me están helando las pelotas.

Tierra, trágame: mi polvo de una noche hablando de sus testículos en mitad de una emergencia nacional. Miro de reojo al capitán Gélido, que no mueve un músculo de su rostro y sólo dice:

—Puede traerse a un familiar, si lo desea.

Asiento sin decir nada. Entro en el dormitorio y el chico está sentado en la cama dejando ver su pecho desnudo; lástima que no recuerdo apenas nada de anoche. Debe tener veintipocos. Me guiña el ojo. Joder con el tío, es más pasota que yo, que ya es decir.

Me acerco a los pies de la cama, cojo sus vaqueros, se los arrojo a las manos y sólo le digo:

—Largo.

En el salón busco mi bolso, un abrigo, bufanda, guantes, cojo a Trotsky y le ato con la correa, llevándolo conmigo. El capitán dirige una severa mirada a mi enorme perro, arqueando una ceja. Yo no me inmuto.

—Usted ha dicho que puedo llevar a un familiar, ¿no?

---

<sup>1</sup> Bon blín: Mierda.

[...]

# FÁBULA DEL MUCHACHO QUE HUÍA TODO EL TIEMPO



*ESPARTACO*

## FÁBULA DEL MUCHACHO QUE HUÍA TODO EL TIEMPO

*Cuéntase la historia de un muchacho que, a mediados del siglo XXI, creció en las afueras de una enorme ciudad de oriente, cuando la tierra era aún fecunda y las lluvias un feliz sinónimo de buenas noticias. Mucho antes de que el frío y el océano se tragasen países enteros, lugares que ahora son sólo una borrosa mancha en la tristeza de los mapas.*

*Nuestra historia comienza años después de ese desastre, cuando este chico, ya un joven en la veintena, yace un día en un inverosímil prado de hierbas verdes y frescas. Acaba de despertarse y no sabe dónde está.*

*La ciudad en la que había conseguido sobrevivir los últimos diez años (muy diferente y alejada de su ciudad natal) era nevada y cruda. Y, sin embargo, cuando abre los ojos el sol refulge con orgullo, como el mismísimo día en el que Shiva repartió las semillas de la creación de las diferentes criaturas del planeta.*

*El joven abre los ojos y no puede creer lo que ve. “¿Estaré en el paraíso, existirá Suargá, ese conjunto de mundos celestiales que son un cielo para los justos? Porque sin duda, debo haber muerto”, reflexiona perplejo, “esto no puede existir”. Deja que sus dedos acaricien la hierba mientras la brisa relincha, liviana, como un animal que conoce todos los secretos.*

*—¿O ha funcionado el experimento? Pero si es así, ¿dónde estoy?*

*El joven perdido yergue su cuerpo huesudo y ágil. A lo lejos, colinas de suave pendiente; aquí y allá árboles enormes, de ramas lozanas y jugosas. Y arbustos con extraños frutos que el chico no conoce. ¡Y los sonidos! Escucha maravillado a su alrededor cantos de avutardas,*

*mirlos, golondrinas, chicharras lejanas y el rumor perenne y exquisito de las hojas. Huele a fruta y a verano.*

*—No puede ser. No debería estar aquí.*

*El joven se levanta, vacilante. Si creyese en los dioses, tal vez rezaría el Himno de Gayatri, uno de los mantras de Surya, dios del sol, para ahuyentar la enfermedad. Pues lo cierto es que ha comenzado a dudar de su cordura.*

*El miedo le ruge dentro, apresándole con su mano sombría. Se estremece como un polluelo recién nacido. Y así de desvalido se siente, y se ha sentido siempre. Pequeño, torpe e inadecuado para la crudeza del enorme mundo. Le castañean los dientes.*

*Respira hondo. Varias veces. El aire se abre paso en su interior como un manantial de calma, y recuerda la imagen de Ganesh, el dios de la sabiduría y la templanza que, con su cabeza de elefante, presidía la entrada de su casa cuando era niño. Nurpur, su barrio en la ciudad de Lahore, era tranquilo. Recuerda la lejanísima imagen de su madre, desaparecida víctima de la plaga cuando él era muy pequeño, y se llena de paz. Fue esta quien le relató todas las historias de dioses y diosas hindúes, deseando que fuese un firme creyente. A veces siente haber decepcionado a su madre en eso.*

*—Soy científico —se convence—. Como repetía el profesor Jørgensen, no queda más que probar: ensayo y error.*

*Y así, el joven recoge la pequeña mochila que traía consigo y emprende la marcha. No importa a dónde, se dice, siempre que siga una misma dirección, sin detenerse. Hasta encontrar pruebas de su paradero. O la certeza de encontrarse sumido en una alucinación fabulosa.*

*Mientras camina, la mente del muchacho, siempre alerta, deambula hacia los recuerdos de su adolescencia. Tras escapar de su tierra, convertida ahora en parte del océano, el muchacho logró llegar a uno de los países más fríos —pues una plaga estaba diezmando los terrenos más templados, y sólo el hielo, tan denostado hasta entonces, podría convertirse en un refugio temporal.*



*Por encima de todo, el muchacho anhelaba encontrar un lugar al que pertenecer, personas afines, pero ese país resultó un capítulo más de su trágica vida. No halló en él más que algunos hábitos de satisfacción: dos amigos, Gizem y Otto (con quienes ni siquiera coincidía a menudo, pues ambos habían llegado a ese país acompañados de sus madres y no residían en su orfanato) y el prodigioso placer de su reciente amor por las ciencias.*

*Pero ¿realmente servía de algo el parapeto de las integrales, la energía potencial, o la Ley de Coulomb, con toda su extraordinaria exactitud, cuando eres el paria entre tus compañeros, el blanco de bromas, escupitajos, ira y frustraciones? ¿Existía acaso una solución tan hermosa y pura como una fórmula matemática para las relaciones humanas?*

*Siempre empezaba de la misma forma. Esos chicos, huérfanos y refugiados también (que debían estar sufriendo como él) se las apañaban para encontrarle a solas, siempre a solas.*

*—¿Dónde crees que vas, majara?*

*—Eso, majara, ¿a dónde vas?*

*—¿Te han llamado majara alguna vez?*

*El muchacho, avisado en ciencias pero ignorante en sarcasmos, respondía:*

*—La verdad es que una vez mi tío me llamó majara cuando...*

*Las risas estallaban y ¡oh, el muchacho ya podía lamentarse, pues había caído de nuevo en su trampa!*

*Empezaban a reírse de él, a charlar, dando vueltas a su alrededor, pero siempre dejando un resquicio entre ellos, como dando al muchacho la ilusión de que podía escapar. Pero no podía, lo intentó en una ocasión y era sólo una excusa para poder pegarle aún más fuerte. Hiciese lo que hiciese, siempre llegaba la lluvia.*

*Lluvia de insultos, primero: Cucaracha-llorón-mierda-seca-puto-frikinarizón-narigudo-nariznabo-tontonapia-pirado-puto-loco-lunático-majara-anormal-retrasado-imbécil-cuatro-ojos-caraculo-pies-de-mierda-cacho-feo-niñata-chiflado-idiota-deficiente-subnormal-repelente-apestoso-piojoso-caramierda-cacho-aborto.*

*Lluvia de golpes, después: patadas y pisotones, sobre todo. Algún empujón. No se ensuciaban las manos. Irónicamente, lo que más dolía*

*al muchacho eran los escupitajos. Le hacían sentir la basura de un mundo que era ya un puro despojo.*

*No le importaba que su amiga Gizem viera los moratones... pero el rastro de escupitajos avergonzaba al muchacho. Acongojado, bajaba la mirada. Otto le animaba a denunciar.*

*–El profesor Jørgensen te aprecia, eres de sus favoritos, ¿verdad? Cuéntaselo.*

*Pero por alguna extraña razón, al muchacho le parecía imposible. ¿Era miedo a las posibles represalias? ¿Era un curioso sentimiento de dignidad, de no querer admitir lo que le ocurría en voz alta, como si –sólo entonces– fuese cierto que allí no era apreciado, que allí, una vez más, no encajaba? Ni el mismo muchacho sabía explicarse por qué (y sabía, sin duda, explicarse el porqué de la Primera Gran Ola, y de la Segunda Ola que había anegado medio mundo, con las fórmulas del efecto albedo).*

*–¡A la mierda, vamos a pegarles! ¡Tres contra tres! –Gizem, siempre más directa, optaba por la vía inequívoca del enfrentamiento, con las mejillas encendidas, algo que repelía al muchacho. Era un joven que había nacido para querer y ser querido, aunque nunca había tenido esa oportunidad, huérfano desde muy joven, luego refugiado y ahora, paria entre los suyos. Gizem y Otto, a quienes conoció en el viaje a Suecia, no tenían apenas contacto con él, pues llegaron con sus madres y no precisaban el orfanato. No volvieron a coincidir realmente hasta encontrarse en la Academia de Ciencias. Y salvo algún chico amable como Martín, uno de los mayores (que se llevaba bien con todo el mundo) y otros frikis como Hakata y Jon que tenían su propio grupo y apenas parecían prestarle atención, el resto de muchachos parecía el enemigo.*

*El chico que se sentía fuera de lugar optaba siempre por agachar la cabeza y huir; o al menos intentarlo. Se levantaba una hora más temprano. Corría por pasillos en los que nadie le veía. Escapaba del aula vacía cuando escuchaba el más mínimo ruido.*

*Hasta que la pesadilla empezaba de nuevo, semanas más tarde, cuando volvían a encontrarle, pues siempre terminaban encontrándolo:*

*–Hoy tengo un insulto nuevo para ti, eres un jodido “protio”. ¿Sabes lo que es?*

*–Claro –respondía cándido el muchacho, como si esta vez (¡esta vez!) pudiera librarse gracias a su intelecto–, es un isótopo del hidrógeno.*

*–Este tío es imbécil.*

*Y la lluvia caía sobre él, perenne e inevitable como el exacto movimiento de los astros.*

*Por eso decidió que, ante la duda, siempre debía huir, huir tan lejos como le llevaran los pies.*

*Y esa fue la razón de que el joven, años después, terminase en ese ignoto prado veraniego. Completamente perdido.*

[...]